

el otro mundo. Los jueces le preguntaron «dónde había aprendido aquella teología nueva,» á lo que él respondió «que por la filosofía.» ¿Y dónde y por quién esta filosofía le había sido enseñada?—En el Colegio de Clermont y por el padre Gueret, con quien había estado dos meses y medio. Había oído decir en muchos sitios, incluso entre los jesuitas, «que era permitido matar al rey, que éste se hallaba fuera de la Iglesia y que no debía obedecerse ni considerarse como rey hasta que fuese aprobado por el papa.»

Todo el mundo recordaba aún la vigorosa declamación de Arnaud, y las acusaciones de éste parecían confirmadas por los hechos. Los comisarios del Parlamento que visitaron el Colegio de Clermont encontraron entre los papeles de uno de los religiosos, el padre Guignard, antiguos escritos en los que éste calificaba á Enrique IV de zorro de Bearn y se lamentaba de que el día de San Bartolomé no se le hubiese despachado como á los demás hugonotes; asimismo glorificaba el acto de Jacobo Clement. Estas doctrinas concordaban tan bien con las declaraciones de Chatel, que el Parlamento se sentía inclinado á castigar á los profesores del regicida y á toda la orden. Chatel fué descuartizado por cuatro caballos (29 de diciembre), el padre Guignard ahorcado y el padre Gueret desterrado. Los curas y escolares del Colegio de Clermont, «y todos los demás que se decían de dicha Sociedad, «fueron desterrados de París y del reino» como corruptores de la juventud, perturbadores del sosiego público y enemigos del rey y del Estado.»

La condena de los jesuitas causó en Roma emoción profunda. El partido español hizo todos los esfuerzos imaginables para excitar las pasiones y hubo un momento en que De Ossat temió que las negociaciones quedasen rotas; pero más que el resentimiento pudo el interés del catolicismo y de Italia y el papa volvió á apaciguarse. Por otra parte, Enrique IV ponía el mayor cuidado en suavizar el golpe, no forzando la mano á los parlamentos de Burdeos y de Tolosa, que se negaban á ejecutar la sentencia del de París, pues le interesaba demasiado reconciliarse con el Sumo Pontífice.

Du Perrón y De Ossat, sus procuradores en la Curia romana, recibieron el encargo de presentar á Clemente VIII (las declaraciones y excusas) y de suplicarle que otorgara su santa bendición y su absolución soberana» (10 de mayo de 1595).

El papa ordenó que se hicieran procesiones á las que asistió descalzo, imploró la luz divina, y al fin, el día 30 de agosto, declaró en consistorio que concedía la absolución bajo ciertas condiciones, á saber: que el rey reconocería la insuficiencia de la absolución de Saint-Denis, haría publicar el Concilio de Trento, restablecería el catolicismo en el Bearn y conferiría los cargos del Estado con preferencia á los católicos. Du Perrón y De Ossat suscribieron todas estas cláusulas. Clemente VIII sabía perfectamente que la mayor parte de estas exigencias no podían ejecutarse, á lo menos en mucho tiempo; de aquí que no se negara á dar anticipadamente la absolución; en el fondo, lo único que le importaba era anular la ceremonia de Saint-Denis para castigar el orgullo de la Iglesia galicana.

El 17 de septiembre (1595) comparecieron ante el papa, que estaba sentado en un trono y rodeado de la

corte pontificia y de los embajadores de Saboya, Ferrara y Venecia, los procuradores del rey de Francia que en nombre de éste iban á humillarse. Pasaron por entre una doble fila de penitenciaros y, prosternándose á los pies del papa, renegaron de la absolución de Saint-Denis é imploraron la única verdadera, la del Sumo Pontífice. Entonces Clemente VIII cogió una vara y con ella golpeó los hombros de los dos penitentes arrojados, quedando con esto consumada la reconciliación de Enrique IV con la Curia romana. El honor era para el papa que había humillado á la Iglesia galicana y al rey cristianísimo; pero esta penitencia, sufrida por procuración, quedaba compensada con importantes ventajas. Aun después de la abjuración y de la coronación, las doctrinas de la Liga seguían siendo temibles y la derrota del partido no había acabado con todo el trastorno moral que se desarrollara en el furor de la resistencia. Para pacificar las almas y terminar la conquista de su reino, Enrique IV necesitaba el perdón pontificio.

CAPITULO VIII

GUERRA CONTRA ESPAÑA (I)

I. Nuevo carácter de la lucha. — II. Los últimos ligueros. — III. La paz de Vervins. — IV. Cambios en Europa

I.—Nuevo carácter de la lucha

Hasta entonces España había obrado solamente como auxiliar de la Liga; y aunque en realidad era demasiado poderosa para que los jefes de la Santa Unión pudiesen ser otra cosa que sus subordinados, de dere-

(1) FUENTES: *Lettres missives de Henri IV*, IV. *Mémoire historique concernant la négociation de la paix traitée à Vervins l'an 1598*, París, 1667, 2 vol. *Mémoires de la Ligue*, VI. *Archives curieuses*, XIII. *Discours de Sancy sur l'occurrence de ses affaires*, «Mémoires d'Etat» de Villeroy, 1665, III. *Mémoires et correspondance de Du Plessis-Mornay*, 1824-1825, VI-IX. Palma Cayet, *Chronologie novenaire*. Sully, *Mémoires des sages et royales Oeconomies d'Etat... de Henry le Grand* (1638). *Mémoires de Cheverny*, Mich, y Pouj., 1.^a serie, X. *Mémoires de Guillaume de Saulx-Tavannes*, 1550-1595, id., 1.^a serie, VIII. De Thou, XII y XIII. D'Aubigné, *Histoire universelle*, IX. Matthieu, *Histoire de Henri III*. Davila, *Historia delle guerre civili di Francia*, 1644, II. Luis Cabrera de Córdoba, *Felipe II rey de España*, 1877. Antonio de Herrera, *Historia... de los sucesos de Francia*, 1598. Coloma, *Las guerras de los Estados Baxos desde el año de 1588 hasta el de 1599*, Amberes, 1625. *Histoire de Bretagne*, de D. Morice y D. Taillandier, tomo II, 1756, y *Mémoire pour servir de preuves à l'histoire de Bretagne*, tomo III. Du Mont, *Corps diplomatique*, V, 1.^a parte. (Mayer), *Des Etats-Généraux et autres assembles Nationales*, XVI. Poirson, *Mémoires et documents nouveaux relatifs à l'histoire de France à la fin du XVI^e siècle*, 1868.

OBRAS DE CONSULTA: Poirson, *Histoire de Henri IV*, II. Formerón, *Philippe II*, IV. Mourin, *La Réforme et la Ligue en Anjou*, 1856. Gregoire, *La Ligue en Bretagne*. Dufayard, *Lesdiguières*. E. Rott, *Histoire de la représentation diplomatique de la France auprès des cantons suisses, de leurs alliés et de leurs confédérés*, II (1559-1610), Berna y París, 1902. Anquez, *Henri IV et l'Allemagne*. Laffleur de Kermaingant, *L'ambassade de France en Angleterre sous Henri IV*. Mission de Jean de Thumery, intr., 1886. El mismo, *Pièces justificatives*, 1886. Prevost-Paradol, *Elisabeth et Henri IV*, 1595-1598, 1862. Picot, *Histoire des Etats Généraux*, 2.^a ed., IV. J. Lothrop Motley, *History of the United Netherlands*, La Haya, 1887, III. Baudrillart, *La politique de Henri IV en Allemagne*, «Rev. des Quest. hist.», XXXVII, abril de 1885.

cho no parecía combatir por su propia cuenta. Enrique IV, dueño de París y de la mayor parte del reino, y seguro de su reconciliación con la Santa Sede, transformó la guerra civil en guerra nacional; y en la Declaración de 17 de enero (1595), que mandó hacer «á son de trompa y á grito público en las provincias y fronteras del reino,» decía que estaba resuelto á combatir en lo sucesivo al rey de España por tierra y por mar, á fin de vengarse de los agravios, ofensas é injurias que de él recibía.

Envió al duque de Bouillon contra el Luxemburgo y mandó invadir el Franco-Condado por las tropas lorenesas que había tomado á su servicio, y probablemente contaba con el feliz éxito de este doble ataque para cortar en dos sitios la vía militar que desde el Milanesado conducía á los Países Bajos y obligar á las tropas españolas á dar un gran rodeo por Suiza y Alemania. Mientras D'Haussonville y Tremblecourt con los auxiliares loreneses se apoderaban de Vesoul, Birón, en Borgoña, apoyaba con un pequeño ejército las empresas del partido realista y ocupaba una de las plazas fuertes del gran feudo de Mayenne, socorriendo á los habitantes de Beaune que habían expulsado á su guarnición liguera y apoderándose del castillo después de un sitio de tres meses (5 de febrero). Su presencia alentó la defección de Nuits y de Autún. Senecey entregó Auxonne, y Dijón, la capital de la provincia, sólo por el terror se mantenía fiel á la Liga. El rey se disponía á ir en persona á Borgoña y citaba, para reunirse allí con ellas, á las fuerzas que Montmorency, nombrado condestable, le llevaba de su gobierno del Langüedoc; pero los progresos del duque de Nemours impidieron el movimiento de concentración. Nemours se había evadido del castillo de Pierre-Encize, en donde le habían encerrado los lyoneses, y con 3.000 suizos que le envió el duque de Saboya recorría el Beaujolais, el Forez y el Lyonnais, teniendo como plaza de armas Vienne, que le guardaba el paso del Ródano. Montmorency interrumpió su marcha y se aprovechó de la ausencia de Nemours para ocupar Vienne y las ciudades de Thoissey, Feurs y Montbrison (23 de abril), yendo luego á tomar y fortificar Montluel á fin de cerrar el paso al duque de Saboya. Estas victorias de los realistas quebrantaron á Nemours, que murió minado por la fiebre y por el dolor (15 de agosto de 1595).

El condestable de Castilla, Velasco, gobernador del Milanesado, había pasado los Alpes y acudido en auxilio del Franco Condado; su ejército, compuesto de 3.000 caballos y 15.000 infantes, rechazó á los loreneses y encerró á Tremblecourt en Vesoul, en donde poco tiempo después capituló. Mayenne reunióse con los españoles, quienes, por consejo suyo, atravesaron el Saona con objeto de ocupar Dijón que amenazaba escaparse de las manos del duque. En efecto, los dijoneses habían tomado las armas en favor del rey, y Birón, á quien pidieron ayuda, había acorralado la guarnición liguera en el castillo y obligado al vizconde de Tavannes á encerrarse en Talant; Enrique IV, enterado de la sublevación de aquéllos y de los movimientos de Velasco, llegó á marchas forzadas y resolvió no esperar el ataque de los españoles delante de la ciudad, sino dificultar su avance á fin de que sus propias tropas tuvieran tiempo de apoderarse del castillo. Así fué que salió de Dijón el 5 de junio, á las cuatro de la madrugada, con 1.000

caballos y 500 arcabuceros montados; pero al llegar á Lux adelantóse con algunos centenares de jinetes y se dirigió rápidamente á Fontaine-Française, en donde dió cita al grueso de su ejército. D'Haussonville y sus loreneses avanzaron para explorar la posición de los españoles, y todavía no estaba el rey en Fontaine-Française cuando ya le señalaron la presencia de fuerzas enemigas. Birón, que partió con su compañía para efectuar un reconocimiento, puso en fuga á sesenta jinetes que estaban apostados en una colina más allá de Fontaine y llegó á tiempo para recoger á D'Haussonville y á sus exploradores á quienes acosaban muy de cerca dos ó trescientos jinetes. La escasa importancia numérica de



Nacimiento de la Liga.

Facsimile de una caricatura publicada en 1594.

aquellos destacamentos engañó á Birón, el cual, creyendo que sólo tenía que habérselas con exploradores, mandó á decir al rey que se le juntara para atacarles; mas apenas había enviado este mensaje, vió surgir á lo lejos las hileras de picas del ejército español.

Entonces se replegó, pero fué perseguido por la tropa que había acosado á D'Haussonville y por otro escuadrón de 500 hombres. El barón de Lux, que con veinte soldados cubría la retirada, hubo de hacer frente al enemigo, tuvo cuatro muertos y fué derribado del caballo; Birón, que volvió atrás para socorrerle, fué vigorosamente rechazado, recibiendo una cuchillada en la nuca; y una compañía que en su auxilio envió el rey, tuvo miedo y huyó. Sólo la firme actitud del escuadrón real pudo contener á los perseguidores. El peligro que corría Enrique IV era grande: las tropas de las cuales se había separado en Lux no se le habían juntado todavía; únicamente había llegado una compañía, y en cambio aumentaban á ojos vistas las fuerzas españolas. A la caballería que había derrotado á Birón se le habían unido cinco escuadrones, y al propio tiempo aparecía Mayenne con 300 caballos. Aun era posible la fuga y los que acompañaban al rey le aconsejaban que se retirase; pero Enrique no quiso retroceder. Los franceses eran uno contra cinco y sólo una loca valentía podía salvarles; sin embargo, este milagro se realizó.

Enrique cargó con tal furia que deshizo el primer escuadrón y, arrojándose sobre el segundo, lo deshizo también. Con 25 compañeros que le quedaban dió una nueva carga contra 150 jinetes, exponiéndose como el más joven de sus hidalgos, y los enemigos huyeron á la desbandada buscando un refugio entre la infantería y detrás de los escuadrones que aún no habían entrado en acción. El honor estaba salvado y el rey de Francia podía ya retirarse; pero como empezaban á llegar sus tropas de refuerzo, hizo frente, á medida que retrocedía, á 1.500 caballos, que no se atrevieron á acosarle de demasiado cerca. Mayenne apremió á Velasco para que hiciera avanzar á la infantería y exterminara al pequeño grupo victorioso; mas el español, como el duque de Parma en el combate de Aumale, no pudo creer que el rey se hubiese aventurado como un simple explorador, sin tener las espaldas guardadas por un ejército, y no quiso lanzarse á fondo; y la misma caballería rechazó el combate á que le retaban las tropas reales, entonces ya completas, pero de todos modos inferiores en número (5 de junio). La acción había sido reñida aunque no sangrienta, pues sólo hubo por ambas partes unos sesenta muertos; pero las consecuencias de la misma fueron considerables. Al día siguiente, los españoles volvieron á pasar el Saona y abandonaron á su suerte á los ligueros de Borgoña; Mayenne, irritado por esta defección, se separó del ejército del Condestable y no pensó más que en firmar la paz con el vencedor, y aun autorizó á los comandantes de los castillos de Dijón y de Talant para que entraran en negociaciones.

Enrique IV, libre ya de sus acciones, llevó la guerra á territorio enemigo, penetrando en el Franco Condado, sin intentar atacar al Condestable en su campo atrincherado de Gray, y recorriendo toda la tierra llana. Los soldados recogieron un botín inmenso; «los había que en aquel viaje se hacían de oro.» El rey, que se veía dueño ya de la provincia, intimó á la guarnición suiza católica de Salins que le entregara la ciudad; pero sus esperanzas fueron frustradas por la intervención de los Cantones protestantes (aliados de Francia), quienes le recordaron la neutralidad del Franco Condado y le invitaron á respetarla. El monarca cedió de buen grado, consintió en llevarse de allí sus tropas y firmó en Lyon, el 22 de septiembre, un tratado que renovaba aquellas garantías.

Mejor habría podido emplear en el Norte los tres meses que había perdido en aquella devastación infructuosa y en el arreglo efímero de los asuntos del Delfinado y de Provenza. Bouillon, después de haber conseguido algunos éxitos en el Luxemburgo, se había visto obligado á pasar de nuevo la frontera. Las potencias protestantes negaban su cooperación, y las Provincias Unidas á Inglaterra retiraron sus tropas (abril-febrero de 1595). La conversión de Enrique IV había enfriado el ardor de Isabel y los progresos de la pacificación excitaban su envidia, pues encontraba que Francia se regeneraba demasiado aprisa.

En la región del Oise y del Somma no había más que tres plazas que no se hubieran sometido al rey, Ham, La Fere y Soissons. Los franceses sobornaron al comandante del castillo de Ham, señor de Orvillier, y desde el castillo penetraron sigilosamente en la ciudad; los españoles que la guarnecían levantaron barricadas en las

calles y durante doce horas disputaron el terreno palmo á palmo. Ardieron las casas y las llamas «hacían oscilar la victoria ora hacia un lado, ora hacia el otro, según la dirección del viento;» pero la llegada del conde de Saint-Pol completó la derrota de la guarnición, que fué acuchillada sin cuartel (21 de junio).

Esta fué la única victoria del ejército real. Á la muerte del archiduque Ernesto (21 de febrero), el gobierno de los Países Bajos había sido confiado al conde de Fuentes, gran señor y gran capitán, que reunía todas las cualidades de militar y de hombre de Estado, á saber, la actividad, la energía y la autoridad personal. El nuevo gobernador reorganizó el ejército que, no recibiendo pagas ni manutención, estaba diseminado para dedicarse al merodeo, diezmado por las enfermedades y debilitado por la indisciplina. Los soldados volvieron á percibir sus sueldos y aprendieron de nuevo á obedecer; y aquella admirable infantería, en cuanto sintió la mano de un jefe, mostróse digna de su pasado.

Fuentes llegó demasiado tarde para salvar Ham, pero muy pronto tomó el desquite. En efecto, tomó Le Catelet (25 de junio), amagó un ataque contra Peroune y, dirigiéndose bruscamente al Norte, puso sitio á Doullens, uno de los baluartes de la frontera. Mil quinientos franceses tuvieron tiempo de introducirse en la plaza, y el rey encargó al duque de Nevers, su lugarteniente general, que reuniera é hiciera avanzar un ejército de socorro; pero el duque de Bouillon, el conde de Saint-Pol y el almirante Villars-Brancás, que habían conducido allí á la nobleza de Normandía, no esperaron la llegada de Nevers y resolvieron atacar á los sitiadores con 1.500 caballos y enviar á la plaza algún socorro. Fuentes salió á su encuentro, después de haber puesto la infantería á las órdenes del lorenés Rosne, uno de los mariscales de la Liga y el mejor capitán del partido, y de haber tomado él el mando de la caballería. Cuando Bouillon y Saint-Pol divisaron el ejército español, lanzáronse sobre él; su primera carga fué tan violenta, que arrollaron la vanguardia enemiga echándola sobre el primer escuadrón, pero sus caballos extenuados no pudieron emprender una segunda carrera. Entonces la caballería ligera española y los arcabuceros montados los cogieron de flanco y la infantería los acribilló con una descarga «que hizo surgir todo un infierno de llamas en medio de los trigos,» viéndose los realistas obligados á emprender la retirada y á dejar á sus infantes á merced del furor de los enemigos.

Aquella derrota, sin embargo, no era más que la mitad del desastre. Villars-Brancas, que con la nobleza normanda cubría la retirada, acosado de cerca por la caballería española, volvióse y atravesó por entre los escuadrones que le perseguían; pero habiendo encontrado detrás de éstos nuevos enemigos, su caballería huyó, cayó él debajo de su caballo y los soldados españoles iban á disputarse ya aquel prisionero que ofrecía pagar un crecido rescate, cuando el pagador general Contreras reconoció al antiguo tráfuga de la Liga y mandó que de un pistoletazo le levantaran la tapa de los sesos.

Los franceses dejaron en el campo á casi todas sus gentes de á pie y á seiscientos hidalgos (24 de julio). Nevers, que ya no contaba con medios para hacer levantar el sitio, se limitó á proteger las ciudades del Somma. El gobernador de Doullens, D'Harancourt, no

supo ni combatir ni capitular á tiempo: el 31 de julio, Fuentes hizo batir un baluarte del castillo y por la brecha abierta sus soldados se introdujeron en la ciudad, apoderándose de su guarnición y de sus habitantes y dando muerte á más de cuatro mil personas: «Pero ¡qué le vamos á hacer!, dice el capitán español que relata el suceso; si hubiese habido menos, menos se habrían matado.»

Fuentes, sin perder tiempo, puso sitio á Cambrai; las ciudades de Artois y del Hainaut, que tanto padecían con las correrías de la guarnición, le proporcionaron dinero y refuerzos permitiéndole disponer de 5.000 zapadores y de 72 cañones. Mas, á pesar de estas fuerzas considerables, no habría podido tomar la ciudad si los habitantes de ésta, en odio á Balagny, su gobernador, no hubiesen sobornado á los suizos de la guarnición y no le hubiesen abierto sus puertas.

La ciudadela en donde se habían retirado los franceses capituló el 7 de octubre (1595).

II.—Los últimos ligueros

Estas derrotas, sin embargo, no contenían el movimiento que, desde la abjuración, llevaba á la causa del rey á los últimos ligueros. Y aun el contraste mismo entre las victorias de España y la defección de sus antiguos aliados demuestra una vez más la importancia que dentro de la Liga tenía el sentimiento religioso. Sin esperar la noticia de la absolución, Bois-Dauphin se había sometido (agosto de 1595) entregando Chateau-Goutier y Sablé y recibiendo el título de mariscal de Francia. Según él mismo decía, jamás había tenido otra voluntad que obedecer á su rey, natural francés, «cuando fuese de la religión católica.» Mayenne también trabajaba por la paz y en 28 de octubre escribía á Enrique IV solicitando su favor y diciéndole que «sólo quería pensar en ser fiel y en servir como un súbdito obediente.» El rey otorgó al jefe de la Liga las más amplias concesiones, concediéndole por el edicto de Folembray durante seis años las tres plazas de seguridad de Châlons-sur-Saone, Seurre y Soissons, el gobierno de la Isla de Francia (excepto París) y una indemnización de 2.640.000 libras. Los considerandos del edicto son muy notables: en ellos se ensalzaba á Mayenne por no haber consentido, ni en la favorable ni en la adversa fortuna, la desmembración del reino, y se excusaba su conducta por su celo religioso. Además el rey afirmaba que viviría y moriría en la fe católica, y hasta aseguraba que su intención era «procurar en lo porvenir el bien y el progreso» de la religión católica con todo su poder «y con el mismo cuidado y afecto que los reyes, sus predecesores.» Estas manifestaciones eran la justificación de la Liga; y cuando Enrique IV declaraba que «el camino de su salvación había sido también el más propio para conquistar y afirmar los corazones de sus súbditos,» ¿no reconocía, por ventura, con ello la victoria que los ligueros, á la vez católicos y patriotas, habían logrado sobre los partidarios exclusivos del derecho dinástico? Por esto los consejeros á quienes ahora más atiende el rey son católicos ardientes, como Cheverny, ó antiguos ligueros, como Villeroy.

Mayenne había hecho que los beneficios de aquel edicto de pacificación, de amnistía y de remisión se

extendieran á los señores, príncipes y ciudades que aún seguían su partido. Mercoeur y d'Aumale persistieron en la rebeldía, pero la mayor parte de los jefes se sometieron: el marqués de Saint-Sorlin, hermano y heredero del duque de Nemours, entregó Montbrison y Ambert, plazas de Forez y Auvernia respectivamente; el mismo duque de Joyeuse, que todavía en abril de 1595 había sublevado la población y los monjes contra los realistas y obligado al parlamento de Tolosa á retirarse á Castel-Sarrazin, decidió también someterse, y lo propio hicieron los marqueses de Villars y de Mont-



Desarrollo de la Liga.
Facsimile de una caricatura publicada en 1594.

pezat que ejercían mandos en Guiena. El rey aceptó sin regatear las condiciones que estos caudillos le impusieron.

Felipe II, que ya no podía pensar en la conquista de Francia, aun no desesperaba de poder desmembrarla, para lo cual encontraba cómplices en las pasiones de los últimos ligueros y en los resentimientos de ciertos señores feudales. Entre estos descontentos estaba el duque de Epernon, contra el cual se habían sublevado los realistas y los ligueros de Provenza. Enrique IV vaciló mucho tiempo en romper con ese temible caudillo, dueño de Tolón, de Brignoles y de Grasse, y de quien le constaba que mantenía relaciones secretas con el duque de Saboya y con el rey de España; pero al fin cedió á las instancias de los provenzales y lo destituyó substituyéndolo por el duque de Guisa, cuya elección simbolizaba la reconciliación de los partidos. Esta política dió buenos resultados, pues Sistrón y Riez abrieron sus puertas al nuevo gobernador; pero el duque de Epernon pactó con España y se comprometió (10 de noviembre de 1595) á hacer la guerra al «príncipe de Bearn.»

Felipe II contaba con otra intriga para apoderarse de Marsella: el cónsul Casaulx y el veguer Luis d'Aix, ardientes ligueros, habían tramado un complot para introducir en la ciudad una guarnición española, pero

uno de los capitanes de la milicia, Pedro Liberta, sublevó la población contra los traidores y abrió las puertas á las tropas reales (17 de febrero de 1596).

Guisa esperó á Epernon en Vidaubán y le obligó á pasar el Argens á nado con pérdida de sus bagajes. Entonces Epernon se sometió y consiguió que los Estados de la provincia le dieran una cantidad importante á cambio de desembarazar de sus soldados aquel territorio; Enrique IV le dejó sus gobiernos de Angoumois y de Saintonge y aun le prometió el gobierno del Lemosín.

El partido saboyano quedaba descartado de Provenza; en cambio, Carlos Manuel se defendía mejor en sus Estados, habiendo quitado nuevamente á Lesdiguières las plazas de Cavour y de Briqueras y estando en negociaciones con Enrique IV para la cesión del marquesado de Saluces. Para acabar de una vez con él, Lesdiguières resolvió conquistar la Saboya y, atravesando los montes, cubiertos todavía de nieve, invadió la Mauriana (junio de 1597); pero tenía que habérselas con un adversario que jamás se declaraba vencido. El duque presentóse al frente de un numeroso ejército en el valle del Gresivaudán, y construyó, en la orilla derecha del Isere, el fuerte Barroux, al que bautizó con el nombre de San Bartolomé, para burlarse de los protestantes del finés. Lesdiguières recobró la fortaleza (14 de marzo), pero perdió la Mauriana.

Carlos Manuel guerreaba en los Alpes con los refuerzos españoles del Milanésado. En Bretaña, Felipe II apoyaba á Mercoeur, y como éste era á la vez su aliado y su contrincante, existía gran desconfianza entre el jefe liguero y D. Juan del Aguila, comandante de las tropas españolas. Cuando el mariscal d'Aumont, enviado por Enrique IV, puso sitio á los castillos de Morlaix, Mercoeur llamó en su auxilio á Aguila, que no se movió de donde estaba; y cuando los realistas fueron á sitiar el fuerte de Crozón, que los españoles habían construido para vigilar Brest y la rada, fué Mercoeur quien se negó á enviar sus soldados para socorrer á aquéllos. El mariscal se apoderó de la fortaleza y pasó á cuchillo la guarnición (octubre-noviembre de 1594), con lo cual quedó frustrado el proyecto que se había formado Felipe II de ocupar Brest y asegurarse un nuevo punto de abastecimiento y de etapa en la ruta de los Países Bajos.

La muerte del mariscal d'Aumont (19 de agosto de 1595) y la partida de los auxiliares ingleses (febrero de 1595) determinaron una suspensión en los progresos del ejército real. Mercoeur se proponía llevar la guerra al Anjou, pero Aguila no quiso pasar el Loira, pues sólo pensaba en instalarse sólidamente en la provincia. Los españoles amenazaban Saint-Nazaire y se concentraban á las puertas de Nantes, pareciendo más dispuestos á obrar contra Mercoeur que con él. La guerra, reducida á correrías, tomaba el carácter de bandidismo: «Todo este país, decían los españoles hablando de Bretaña, es un bosque de salteadores.» En el Anjou, en el Maine, en el Poitou lo mismo que en Bretaña, ligueros y realistas saquean y asesinan; pero los que más se distinguen por sus fechorías son los ligueros que ahorcan á los prisioneros, los atan á las aspas de los molinos, los queman, los hacen perecer de

hambre, y los arrojan vivos en los calabozos subterráneos en donde se pudren los cadáveres. Pedro Le Cornu, gobernador de Craón, menudea los asesinatos complicándolos con emboscadas; los tres Saint-Offange, desde sus guaridas de Saint-Symphorien y de Rochefort, asaltan á los caminantes y piratean por el mar, hieren ó matan á sesenta hugonotes pacíficos que se dirigían al oratorio de La Chataigneraie (1595) é instalan en Rochefort una cámara ardiente que obliga á los prisioneros protestantes á elegir entre el fuego y la misa, lo cual no es óbice para que de cuando en cuando saqueen los monasterios y asesinen á los religiosos. El legendario barón de Fontenelle, Guido Eder de Beaumanoir, se apodera por sorpresa de la ciudad entonces importante de Penmarch, manda dar muerte á los hombres y violar las mujeres menores de diez y siete años; aquel bandido atacaba especialmente á los labriegos, de los que mató, según dicen, más de 5.000, prohibiendo además que se diera sepultura á sus cadáveres, cuyo olor era, al decir suyo, suave y grato.

Con estos crímenes ponía la Liga término á su existencia en las regiones más obstinadamente fieles al partido. Mercoeur no se decidió á entablar negociaciones hasta que á principios de 1598 Enrique IV fué contra él; y gracias á la mediación de Gabriela d'Estrees salió del lance sin grandes perjuicios, recibiendo una cuantiosa indemnización y una pensión importante, si bien es verdad que se vió obligado á casar á su hija y única heredera con el bastardo del rey, César de Vendome, y á ceder á su futuro yerno el gobierno de Bretaña.

III.—La paz de Vervins

Aun antes de la sumisión de Mercoeur, parecía que el rey, reconciliado con la mayor parte de los jefes de la Liga, había de estar en condiciones de acabar de una vez el litigio con España merced á algunas brillantes victorias, y sin embargo, en 1596 y 1597 los franceses, salvo en la guerra de escaramuzas, en la que eran maestros consumados, se mostraron muy inferiores á sus adversarios.

Para cerrar el camino de los Países Bajos á París, Enrique IV sitió La Fere, plaza ocupada por los españoles y rodeada de terrenos pantanosos que hacían sumamente difícil aproximarse á ella. Los sitiadores obstruyeron el curso del Oise y acumularon detrás de un dique una masa enorme de agua que en un día determinado arrojaron sobre la ciudad á fin de anegarla; pero únicamente lograron inundar los barrios bajos y obligar á sus habitantes á vivir durante algún tiempo en los primeros pisos de las casas. Sólo el hambre, después de un sitio de seis meses, impulsó á la guarnición á rendirse (noviembre de 1595-mayo de 1596).

En Calais, los españoles fueron más expeditivos: mandaba allí un señor de Vidossán que había sucedido en el mando á un tío suyo, y tío y sobrino no se habían cuidado, durante cuarenta años, de otra cosa que de gastar lo menos posible en fortificaciones, mantener el menor número posible de soldados y sacar de su destino las mayores ganancias posibles. El ex liguero Rosne, que había pasado al servicio de España, resolvió aprovecharse de aquellas circunstancias y antes de

que las tropas francesas de la frontera pudiesen sospechar lo que proyectaba, presentóse delante de la plaza y se apoderó de sus arrabales. El nuevo gobernador de los Países Bajos, el archiduque Alberto, le siguió con el grueso del ejército, y Vidossán, cogido de sorpresa, perdió la cabeza y se retiró á la ciudadela, en donde buscó también refugio la población. Los sitiadores entraron en Calais (17 de abril de 1596), en la que no encontraron á nadie, y recogieron un botín de más de 1.500.000 escudos; y pocos días después tomaron la ciudadela cuya guarnición pasaron á cuchillo (24 de abril).

El gobernador de Ardres, Du Bois d'Annabont, estaba dominado por una esposa avara que, para salvar sus economías, le obligó á capitular sin correr los riesgos de un asalto; y una guarnición de 1.200 hombres abandonó al enemigo una ciudad en la cual el cañón no había abierto brecha todavía (23 de mayo de 1596). Para reparar estos fracasos Enrique IV necesitaba dinero y no lo tenía; los ingresos, muy inferiores á los gastos, se recaudaban mal y no había en el tesoro ni 25.000 escudos. En vista de ello, el rey hizo un llamamiento á la nación, pero en vez de convocar los Estados, cuyo nombre le recordaba las audacias de la Liga, designó y reunió en asamblea de notables á 9 prebostes, 19 hidalgos y 52 magistrados, tesoreros de Francia, alcaldes y concejales. Tratábase, en las letras de convocatoria, de «recobrar en otra parte lo que no se encontrará en nuestra hacienda» y de ayudarle á reclutar un ejército que impidiera al enemigo asolar la tierra baja y saquear las ciudades á su antojo.

Declarábase dispuesto á aplicar las reformas que los notables quisieran introducir en la administración financiera y prometía poner en ello tan buena voluntad «como no la haya puesto jamás ningún otro príncipe que ciñera esta corona.»

Esta condescendencia, que pugnaba con las tradiciones de la monarquía, era una prueba elocuente de la necesidad extrema á que se veía reducido. En el discurso que pronunció en la sesión inaugural (4 de noviembre de 1596), desplegó todas las seducciones de su carácter simpático: «No os he llamado, decía á los notables, como hacían mis predecesores para hacerlos aprobar sus voluntades, sino que os he reunido para recibir vuestros consejos, para atenderlos, para seguirlos, en una palabra, para ponerme en tutela entre vuestras manos, cosa que no gusta á los reyes, á los encanecidos ni á los victoriosos.»

La asamblea votó un impuesto de un sueldo por libra sobre todas las mercancías vendidas y aplazó por un año el pago de los sueldos que se debían á los funcionarios judiciales y de hacienda.

Mas como el nuevo impuesto sólo á la larga podía proporcionar recursos y las necesidades eran urgentes, fué preciso apelar á los expedientes, como empréstitos forzosos, cámara ardiente, procesos contra los tesoreros, edictos pecuniarios y creación de empleos. El rey obligó á los miembros del Parlamento y á los ciudadanos más acomodados de París á que, sin excusa alguna, le prestaran 300.000 escudos; vendió, mediante la entrega de 1.200.000 escudos, la impunidad á los asentistas que por sus robos merecían ser juzgados por la cámara ardiente y enajenó por igual suma multitud de cargos de la judicatura y de hacienda.

Estas creaciones de empleos levantaron la más enérgica oposición en el Parlamento de París. El rey procuró convencer á los magistrados con razones y halagos; pero agotados ya los argumentos, amenazóles con irse «á Flandes á hacerse matar de un pistoletazo, y entonces sabrían á sus costas lo que significaba perder un rey.» A pesar de esto, el Parlamento se negó á registrar el edicto y fué menester forzarle la mano en una asamblea solemne presidida por el monarca (*lit de justice*). El Parlamento de Ruán aun se mostró más intratable: allí se agitaron los restos de la Liga y se tramó



Decadencia de la Liga.
Facsimile de una caricatura publicada en 1594.

un complot para entregar la plaza á los españoles; y tan amenazadora fué la oposición, que el rey se resignó á reducir á la mitad la cuota que pedía á la ciudad y el número de empleos que se proponía crear.

Enrique IV buscaba aliados en todas partes. Ya cuando los españoles atacaron Cambrai (agosto de 1595) había comisionado al señor de La Barrauderie para que suplicara á Isabel que socorriese la ciudad; la reina contestó fríamente al emisario que «hacía mucho tiempo que sólo trabajaba para los demás sin pensar en ella.» En aquel entonces preparaba un ataque contra los puertos españoles. Su carta al monarca era más cordial: «En todo cuanto pueda, escribía, con la comodidad de mi estado y consideración de mi pueblo, no tendré menos cuidado de vuestra conservación que de la mía;» y se admiraba de que entre las ciudades que el rey le mencionaba como amenazadas por la toma de Cambrai, «se le hubiese escapado de la pluma» la de Calais. Bien es verdad que si á él se le había olvidado, ya Isabel pensaba en ella: en efecto, su embajador en París tenía instrucciones para negar todo socorro «á no ser con la condición de que él (el rey) se sirva asegurarnos, bajo su palabra privada ó con su firma ó de otro modo, que será recibida en Calais una parte de nuestras fuerzas suficientes para garantizar la ciudad contra cualquier atentado y para asegurarse á sí mismas contra cualquier